

De estudiosos y estudiantes

Jorge Larrosa

Marta Venceslao (coords.)

守破離

De estudiosos y estudiantes

De estudiosos y estudiantes

Jorge Larrosa
Marta Venceslao (coords.)



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Edicions

Pedagogías UB

ÍNDICE

Nota liminar	
<i>Marta Venceslao</i>	9
Elogio del estudio	
<i>Jorge Larrosa</i>	11
Coreografía del estudio	
<i>Marina Garcés</i>	29
«Cogito ergo sum» ¿Concebir el estudio de otro modo?	
<i>Fernando González Placer</i>	41
El sentido de leer (poesía)	
<i>Virginia Trueba</i>	53
Ceremonias del interior. Preparativos para un ensayo sobre la vida estudiantil	
<i>Fernando Bárcena</i>	63
Sobre el estudio pensativo	
<i>Miguel Morey</i>	77
Desde los márgenes del estudio	
<i>Elena Gabriela Fraj Herranz</i>	93
La dificultad del estudio o cómo aprender a vivir entre las cuerdas	
<i>Daniel Pajuelo</i>	105
De la iniciación al estudio	
<i>Marta Venceslao</i>	113
Los puntos de partida ¿Dónde comienza el estudio?	
<i>Luciana Chait</i>	119
Vida de estudiante	
<i>Manuel Delgado, Marta López Moya</i>	127
De los estudios intransitivos, indisciplinados, inútiles, antinormativos e insólitos	
<i>Ester Jordana Lluch</i>	151

Batir alas, trazar signos: estudiar entre Oriente y Occidente <i>Raquel Bouso García</i>	171
Del ánimo estudioso <i>Antonio F. Rodríguez</i>	185
Estudiar como gesto y un gesto del estudio <i>Diana M. Suárez A.</i>	195
Notas sobre estudio, ánimo y amor <i>Luiz Guilherme Augsburgger</i>	209
Notas biográficas	221

NOTA LIMINAR

MARTA VENCESLAO

Los textos que componen este libro tienen como punto de partida un encuentro en torno a la publicación del libro de Jorge Larrosa *Esperando no se sabe qué. Sobre el oficio de profesor* (Barcelona, 2019). El encuentro, titulado *De estudiosos y estudiantes*, tuvo lugar en el Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona (MACBA) el 24 y 25 de octubre de 2019 y contó con el apoyo de la editorial Candaya y del Grup de Recerca sobre Exclusió i Control Socials (GRECS) de la Universidad de Barcelona. La presencia del GRECS quería ser un homenaje y un reconocimiento a Jorge, miembro de ese grupo de investigación, por su larga trayectoria como profesor y maestro de profesores. De ahí que este libro pueda considerarse como el efecto, en la escritura, de una reunión de amigos (del estudio y en el estudio) que tuvo un marcado carácter celebratorio. De hecho, no todos los participantes son universitarios (profesores o investigadores), ninguno de ellos fue convocado como especialista, y todos y todas acudieron en tanto que estudiosos y estudiantes que, eso sí, han pensado sobre qué es eso de estudiar y cuáles son las condiciones (también sociales y materiales) del estudio. Nuestra gratitud a los que participan en el libro por su amistad y su generosidad. Y también a las ediciones de la Universidad de Barcelona por acoger en su colección de Pedagogía estos textos a la vez críticos y amorosos con una institución que albergó lo que en otros tiempos se llamaban «estudios superiores» y en la que muchos de los participantes en este libro trabajan, a pesar de todo, para que no deje de ser «la casa del estudio».

Cada texto está firmado y sus autores o autoras han escogido libremente el registro de escritura que les ha parecido más conveniente incluido, en algunos casos, un uso no convencional de la lengua en lo que se refiere al género.

ELOGIO DEL ESTUDIO

JORGE LARROSA

Pensar es para mí
pensar de nuevo una vieja palabra.

PETER HANDKE

Llevarse una palabra a la boca
no es utilizar un instrumento.
Es ponerse en el camino que ella abre.

HANS GEORGE GADAMER

Lo que voy a hacer a continuación, para abrir el juego, es contar cómo esa vieja palabra pasada de moda y ya casi ininteligible, la palabra «estudio», comenzó a habitar mis pensamientos y los de algunos de mis amigos: esos con los que uno piensa o, por utilizar verbos menos solemnes, esos en relación con los cuales uno lee y escribe y, en definitiva, conversa. Se trata también de señalar algunos de los caminos que esa palabra ha abierto y está abriendo para nosotros, para un nosotros que aquí se encarna en todas y todos los que aceptaron participar en esos dos días de conversación de los que este libro es el efecto y el testimonio. Y se trata, por último, de invitar a los lectores a entrar en la conversación y, por tanto, en los caminos que nos pueda abrir esa palabra en desuso que aquí nos estamos llevando a la boca (o a la letra). De ahí que sean inevitables algunas referencias bibliográficas que no quieren ser otra cosa que las huellas de lo que hemos hecho y, a la vez, unas indicaciones para quien se disponga a continuar alguna de esas líneas.

Reescribí la experiencia de la lectura (o la lectura como experiencia) en términos de estudio en un prólogo y en un librito, ambos de 2003, hace casi veinte años.¹ Pero la historia que quiero contar aquí no es personal sino colectiva. Podría empezar de muchas maneras, pero para darle un comienzo playero y soleado la haré empezar en Río de Janeiro, hace poco más de tres años, en

1. El primer párrafo de ese prólogo dice así: «Estudiar: leer escribiendo. Con un cuaderno abierto y un lápiz en la mano. Y también: escribir leyendo. En una mesa llena de libros» (Larrosa, 2003b, p. 12). Y el librito comienza: «Estudiar: algo pasa. Entre leer y escribir algo pasa» (Larrosa, 2003, p. 4).

una conversación con Maximiliano López, profesor de Filosofía de la Educación en una universidad brasileña.

Maxi y yo acabábamos de volver de Florianópolis, de un seminario llamado «Elogio de la escuela»² que tuvo como punto de partida un libro que había sido y es todavía muy inspirador para nosotros: *Defensa de la escuela* (Simons y Masschelein, 2014). En ese libro la palabra «estudio» aparece usada, pero no desarrollada ni tematizada. Su parte central se titula «¿Qué es lo escolar?» y consiste en una elaboración de qué es lo que hace que una escuela sea una escuela (y no una fábrica, por ejemplo, o un mercado). Y se dice que lo que hace la escuela es convertir cualquier cosa en materia de estudio (no en asignatura, en disciplina o en contenido, sino en materia de estudio) o, de otra manera, que lo que hace la escuela es abrir, presentar y disponer el mundo para el estudio. O, de un modo más radical, que a la escuela no se va a aprender sino a estudiar.

En algunas universidades latinoamericanas aún se dice que un profesor imparte una materia, o que un estudiante se ha inscrito en una materia o, de un modo aún más hermoso, que un estudiante es «cursante» de una materia. También en Latinoamérica se usa todavía la expresión «casa de estudios» como sinónimo de universidad. Hoy en día ya apenas se emplea eso de «estudios superiores», aunque se ha puesto de moda lo de «estudios avanzados», mucho más feo y que, en consonancia con los tiempos, no remite a una concepción arquitectónica del saber o a un movimiento ascendente, sino a una línea de progreso o, lo que es peor, a una carrera deportiva. Antes había estudios «básicos», «medios» y «superiores», pero ahora no sé si debe de haber estudios «atrasados» y «avanzados». En cualquier caso, dudo que la universidad contemporánea sea aún capaz de percibir algo de la sonoridad y la riqueza de esa vieja palabra de que hablamos, y me da la impresión de que tampoco está muy dispuesta a repensarla o a actualizarla.

En el citado libro de Jan Masschelein y Maarten Simons la palabra «estudio» es fundamental para pensar la escuela. Me gustaría precisar que, en dicha obra, la escuela comprende desde la primaria hasta la universidad (las cuales constituyen distintas especies de escuela) y, además, no se corresponde exactamente con una institución sino con una forma. La escuela es allí una determinada composición de tiempos, espacios, cuerpos, lenguajes, saberes, procedimientos, tecnologías, formas de atención, materialidades, etc., de manera que la escuela puede acontecer fuera de la escuela y, al revés, puede haber algunas escuelas que, aunque tengan ese nombre, no sean realmente tales.

2. Los textos del seminario pueden encontrarse en Larrosa (ed.), 2018.

Del mismo modo que en las plazas españolas se oía eso de «le dicen democracia y no lo es», tal vez podría decirse, en algunos casos, «le dicen escuela y no lo es», o «le dicen universidad y no lo es»; y uno de los síntomas o indicadores de ello podría ser el que aún alberguen, o no, esa extraña manera de relacionarse con las cosas, los textos y los saberes (con el mundo, en definitiva) que llamamos estudio. Después de cuestionar que esa democracia lo fuera, la gente reclamaba «¡democracia real ya!», y a lo mejor nosotros podríamos decir «¡escuela real ya!», o «¡universidad real ya!», reivindicando con eso una escuela, o una universidad, merecedoras de su nombre, es decir, que sean «realmente» escuelas o universidades o, como aún se dice en algunos sitios, que continúen siendo casas del estudio.

De hecho, unos meses antes de esa conversación con Maxi, yo había coordinado un taller en una escuela de artes belga con Jan y Maarten. El tema del taller era algo así como «el futuro de una escuela de arte», pero nosotros planteamos una pregunta previa: «¿Qué es lo que hace que una escuela de arte sea una escuela?». Después de darle algunas vueltas se nos ocurrió que una escuela de arte es «escuela» cuando admite entre sus profesores no solo a expertos en arte o a artistas en ejercicio, sino también a «estudiosos» del arte, es decir, a personas que se interesan por eso que llamamos arte en sí mismo, sea lo que sea; y cuando admite entre sus alumnos no solo a personas que quieren ser artistas, formarse como tales, aprender los saberes y las técnicas que les permitirán ser artistas o dedicarse a otras profesiones relacionadas con el arte, sino también a «estudiantes» de arte, es decir, a personas interesadas en eso, en el arte, sea eso lo que sea, independientemente de cualquier pretensión, digamos, práctica o profesional.³

Maximiliano había participado en ese taller y ya allí habíamos empezado a afinar el oído y a reflexionar, por ejemplo, sobre la diferencia entre aprender arte y estudiar arte, aprender o estudiar filosofía, aprender y estudiar un oficio, aprender o estudiar una lengua, leer a Paulo Freire o estudiar a Paulo Freire, aprender la tabla periódica de los elementos o estudiarla, aprender o estudiar cine, ver una película o estudiar una película.

La cuestión es que la palabra «estudio» ya se había convertido para nosotros en una palabra pedagógicamente esencial. Lo que hicimos allí, en esa tarde carioca, fue decidir que Maxi organizaría en su universidad, en Juiz de Fora, un evento titulado «Elogio del estudio», y que ese evento sería paralelo al que es-

3. He contado ese ejercicio en la sección titulada «Las reglas del aula» en Larrosa (2019, pp. 71 ss.) Otro texto inspirado en el mismo ejercicio puede encontrarse en Masschelein, Simons y Larrosa (2019, pp. 135 ss.).

tábamos preparando en Florianópolis con el título de «elogio del profesor». Pensamos también que nuestro común amigo Fernando Bárcena sería la persona más adecuada para encargarle una especie de «elogio de la vida estudiosa», con el fin de que nos ayudara a pensar el estudio como forma de vida. Fernando había publicado recientemente un libro titulado *El aprendiz eterno*,⁴ pero a nosotros nos pareció que él encarnaba más bien la figura del estudioso eterno, y que podría construir también la figura de sí mismo como profesor, entendido como un estudioso entre estudiantes, como alguien que trata de iniciar a los jóvenes en lo que él mismo llamó «un cierto amor al estudio». Y se nos ocurrió que podríamos pedirle a Jan Masschelein que nos contara, en términos de estudio, algunos de los ejercicios que hace con sus estudiantes.⁵

A partir de ahí decidimos que íbamos a darnos tiempo para estudiar el estudio. Poco después Maximiliano elaboró la convocatoria para su evento, una llamada muy hermosa que está transcrita en mi libro sobre el oficio de profesor, concretamente en una sección titulada «De aprendices y estudiantes». Copio un fragmento:

Aun cuando puedan parecer a primera vista términos equivalentes, existe una gran diferencia entre aprender y estudiar. El término aprender deriva del latín *apprehendere*, que significa literalmente capturar. La palabra aprender enuncia básicamente el gesto del gato que caza al ratón, del policía que atrapa al ladrón, o del aprendiz que se esmera por capturar un determinado saber. En la órbita de esta expresión encontramos términos como aprensión, presa, empresa.

La palabra estudio proviene del latín *studium*, con el significado de empeño, aplicación, celo, cuidado, desvelo. En el aprender, el acento está colocado en el sujeto que aprende, sus inquietudes, deseos y propósitos, mientras que en el estudio el acento está colocado en la materia a ser estudiada. Se aprende una lengua para viajar, para emprender un negocio, para comunicar una idea; se estudia una lengua por un encantamiento que está más allá de cualquier utilidad. La palabra aprender expresa el deseo de tomar algo del mundo, mientras que el término estudio señala, sobre todo, el deseo de colocarse en relación con algo, cuidarlo y prestarle atención. En ese sentido, podría decirse que el estudioso no se sirve de aquello que estudia, sino que, por el contrario, se desvive por ello, le dedica su vida.

Si esta distinción entre aprender y estudiar nos interesa es porque intuimos que en ella está en juego un particular modo de relación con el mundo, con el

4. Bárcena (2012).

5. Uno de esos ejercicios que tanto Maxi como yo pudimos acompañar tuvo lugar en Río de Janeiro y está publicado en Fernandes, Vargas y Kohan (eds.) (2014). El texto escrito por Jan a partir de su intervención en Juiz de Fora es Masschelein (2019).

tiempo y con los otros. Creemos que una consideración de la idea de estudio, de sus formas, sus presupuestos, sus condiciones y sentidos, podría revelarnos algo acerca de nuestras actuales instituciones educativas y permitirnos pensar su naturaleza específica y el modo en que las habitamos cotidianamente (Maximiliano López, citado en Larrosa, 2019, pp. 382-383).

Se podrían completar las consideraciones etimológicas de Maxi recordando que tanto «aprender» como «comprender» tienen que ver con prender y apresar, con prisión, presa, depredación y también con emprender y con empresa. De manera que el aprendiz es un emprendedor o un empresario, alguien que hace presa en alguna cosa para aprenderla y emprender algo con ella.

La palabra «estudio», en cambio, tiene que ver con estupor, con estupefacción, con algo que podríamos relacionar con el asombro, el pasmo y la admiración. Viene de *stupere*, que significa algo así como quedarse inmóvil. De ahí su relación con «estúpido», que significa alguien que se queda parado, estupefacto, incapaz de hacer o decir nada, o alguien que es de lenta comprensión. De hecho, «estudio» viene del indoeuropeo (*s)teu, stup-é, stup*, que tiene que ver con golpear; de ahí la relación fónica entre estudio y tunda, contusión o contundente. El estudioso y el estudiante serían entonces los que se quedan fascinados, estupefactos, pasmados, inmovilizados, ante algo que los golpea y los paraliza.

Tenemos entonces una distinción en lo que se refiere al movimiento del sujeto (el aprendiz corre detrás de su presa mientras que el estudioso se queda quieto) y a la relación con el objeto (el objeto del aprendizaje es apropiado, devorado, asimilado, mientras que el objeto del estudio es admirado, contemplado, mantenido a distancia), y también quizá respecto al foco (en el aprendizaje el acento está en el sujeto, en el interés del sujeto, mientras que en el estudio está en el objeto, en la atención al objeto). En el aprendizaje uno se apropia de las cosas, mientras que en el estudio uno se detiene ante ellas o en ellas y las mantiene a distancia y, por ende, inapropiables. Como si el aprendizaje implicase un sujeto agente, activo, impaciente, depredador y emprendedor, y el estudiar supusiese más bien un sujeto paciente, contemplativo, pasmado, asombrado y estupefacto.

En el seminario de Juiz de Fora la conversación iniciada en Río derivó en otras conversaciones. Además de las de Fernando y Jan que he comentado más arriba, hubo una presentación de Diego Tatián, un filósofo argentino, spinozista, militante contra la mercantilización de la universidad, estudioso de la revuelta estudiantil que tuvo lugar en Córdoba, Argentina, en 1918, y editor de las obras completas de uno de los revoltosos más interesantes, Deodoro Roca, que hace más de cien años ya se quejaba de una universidad reducida a máqui-

na de examinar y a fábrica de habilitaciones profesionales. Diego tituló su conferencia «Del estudio como cuidado del mundo» y la elaboró analizando la distinción y la relación entre *studiositas* y *curiositas*, la estudiosidad y la curiosidad, dos términos que son considerados opuestos, como una virtud y un pecado, en santo Tomás por ejemplo, pero que se hacen complementarios después, con la revitalización moderna de la curiosidad, una palabra, por cierto, que viene del latín *cura*, que podría traducirse como ‘cuidado’.

Maximiliano López nos guio por una exposición con fotos, diagramas y textos basada en un trabajo que hizo con sus estudiantes tratando de percibir, en distintos espacios universitarios, lo que él llamó la atmósfera, el ánimo o la disposición estudiosa, a partir de la categoría heideggeriana de *Stimmung*. Para Maxi y sus colaboradores, el estudio supone una determinada disposición ante el mundo, una manera particular de prestar atención, que requiere un sustrato anímico. Pero ese ánimo no es en absoluto algo «psicológico», una cualidad del sujeto, sino que depende de dimensiones espaciales, temporales, materiales e incluso técnicas muy concretas.

La exposición de Maxi y sus estudiantes nos hizo pensar el estudio no solo como práctica, como actividad, sino también como espacio, como lugar, como un lugar que incorpora una cierta atmósfera, una cierta disposición, un cierto ánimo, que inspira una cierta manera de relacionarse con las cosas.

En primer lugar, desde luego, está el estudio privado del estudioso, el *estudiolo*, el gabinete, ese que tiene como icono el célebre *San Jerónimo en su estudio* de Antonello da Mesina, un cuadro que comenta bellamente Georges Perec poniéndolo en relación con su propio escritorio (Perec, 1999, pp. 132-133).

Una imagen del *estudiolo* es también el cuadro que seleccionamos para el cartel de las jornadas que dieron lugar a este libro. Se trata de una obra de un pintor holandés llamado Gerrit Dou. El cuadro es de 1655 y se titula *Astrónomo a la luz de una vela*. Allí están el libro y la esfera terrestre (dos iconos de la escuela), así como el reloj de arena (un icono de la lectura y también de la melancolía). Está la cabeza del estudioso inclinada sobre la página (Joan-Carles Mèlich dice a veces que esa inclinación tiene algo de reverencia, como si el lector presentara sus respetos al texto que lee). Está el silencio y la atención concentrada. Hay una mano que sostiene el mundo o que se apoya en él, o que mantiene el contacto con el mundo representado por una esfera terrestre, y otra mano que sujeta una vela y proyecta una sombra sobre el libro. Hay una luz artificial, una luz que no es la de Dios ni la del sol, sino una luz hecha y sostenida por la mano del hombre (en una entrevista Derrida explicó que no escribe sin luz artificial). Está la noche y la oscuridad rodeándolo todo (Kafka escribió que «mientras todos duermen el estudiante vela»). Este es el

studiolo, el gabinete, el rincón, el sitio apartado del estudio solitario, una especie de campana de vacío en la que el estudioso se retira a estudiar.

En segunda instancia, tenemos uno de los lugares públicos más importantes del estudio, ese cuyo emblema sería la universidad misma entendida como el ámbito donde el estudio se hace público y en público, en ese lugar tan extraordinario que es una clase, una sala de aula, y a través de un procedimiento tan antiguo como la *lectio*, la lección. De hecho, y no es por casualidad, uno de los patrones de los profesores es santo Tomás, el escolástico, cuya iconografía lo representa con un libro abierto en las manos. Pero el santo no está leyéndolo sino mostrándolo, abriéndolo hacia afuera, hacia los lectores o los estudiantes, y señalando hacia sus páginas con el dedo, en un gesto que es al mismo tiempo una indicación, una invitación, una introducción y una iniciación. El *aula* es, pues, el espacio de la iniciación pública al estudio bajo la tutela o la guía de un maestro o de un profesor.⁶

Por último, en tercera instancia, está otro de los lugares públicos del estudio, ya no el aula de la iniciación al estudio con la dirección de un estudioso, sino el *co-legium*, el colegio, el círculo de la lectura colectiva, ese al que los estudiantes aún se refieren como un *grupo de estudios*. De hecho, aún es común entre los estudiantes inquietos, insatisfechos con los profesores que les han tocado y con la bibliografía que les ha sido asignada, sentir el impulso de crear un grupo, una especie de fraternidad o de cofradía, para estudiar juntos, para encontrar una cierta camaradería o compañerismo en el que poder ejercitarse en un estudio no tutelado. Por eso, en un grupo de estudios el libro no está delante, en las manos de un estudioso, de un profesor, de un maestro, sino que está en medio, en el centro de una esfera pública horizontal, sin jerarquías, sin palabras maestras, hecha a la vez de igualdad y de diferencia, una esfera en la que se habla del libro y a partir del libro desde distintas posiciones. Por eso todo *co-legium*, toda lectura en común, toda comunidad de lectores, es también un *co-loquium*, una conversación.

Esos tres espacios se han modificado. El *studiolo* tiene ahora un motor de búsqueda y un procesador de textos. En el *aula* el profesor ya no señala hacia el libro sino, quizá, a la pizarra, y desde luego hay imágenes junto con los textos. Y un *grupo de estudios* no tiene por qué ser presencial e, incluso, algunos lo llaman *red*. Los espacios del estudio han cambiado, pero su estructura sigue siendo esencialmente la misma: un vaivén entre el *studiolo*, el *aula* y el *cole-*

6. Un comentario al carácter público del estudio universitario y a la relación entre la iconología del *studiolo* y la del *aula* puede encontrarse en Masschelein (2017).